

Cultura, contracultura y educación cristiana

Milton H. Bentancor¹

Resumen

Los docentes cristianos nos enfrentamos a un mundo que en general no comparte nuestras creencias y que, además, en algunos puntos, las enfrenta abiertamente. De todos modos nuestra labor debe ser realizada; y si no la desarrollamos nosotros, nadie lo hará. Optando por lo trascendente, luchamos en favor de una contracultura que se opone a las pautas marcadas por este siglo. No lo hacemos de un modo necio y sin sentido, sino porque creemos en una educación diferente, renovadora, basada en valores superiores y cimentada en Dios. En razón de esto esperamos participar de una contracultura educativa que luche contra el ateísmo, que avance hacia las fuentes primeras y sea universal a través de las diferencias.

Palabras clave: cultura - trascendencia - immanencia - contracultura - educación - universalismo

Summary

Christian teachers face a world which in general does not share our beliefs, and even, in some cases, confronts them openly. In any case, our work must be done, and if we do not do it ourselves, no one will. Choosing to transcend, we fight in favor of a counterculture which is opposed to the standards accepted by this century. We do not do this blindly or without reason, but because we believe in a different kind of education that is superior, renewing, based in higher values, and rooted in God. Because of this, we expect to participate in an educational counterculture which fights against atheism, which moves toward the primary sources, and which is universal in spite of its differences.

Keywords: Culture - transcendence - immanence - counterculture - education - universalism

¹Milton H. Bentancor es Licenciado en Letras por la Universidad Católica del Uruguay y doctorando en Letras por la Universidad del Salvador (Buenos Aires). Ha sido Profesor en la carrera de Comunicación Social de la Universidad Adventista del Plata y actualmente se desempeña como Profesor y coordinador del área de español del "Programa de Lenguas Extranjeras" de la Universidad de Caxias do Sul (RS-Brasil).

Résumé

Nous, les enseignants chrétiens, devons faire face à un monde qu'en général ne partage pas nos croyances et que, par ailleurs, dans quelques points, s'oppose ouvertement à elles. Quoiqu'il en soit, nous devons faire notre oeuvre, et si nous ne la faisons pas, personne ne le fera. En nous décidant pour ce qui est transcendent, nous luttons en faveur d'une contreculture qui s'oppose aux modèles promus par ce siècle. Nous ne le faisons pas à contresens, mais parce que nous croyons dans une éducation différente, supérieure, partisane du renouveau, fondée sur des valeurs supérieures et sur Dieu Lui même. C'est pour cela que nous espérons partager d'une contreculture éducative capable de lutter contre l'athéisme et d'avancer vers ses fontaines primordiales, et qu'elle devienne universelle à cause de ses différences.

Mots clefs: culture - transcendance - immanence - contreculture - éducation - universalisme

Educación como desarrollo

El apóstol Pablo, en su carta a los Romanos, declara: "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Rom. 12:2). En el campo educativo, ésta es nuestra responsabilidad. Pese a la conocida sentencia marxista que juzga a la religión como "el opio de los pueblos", la cita paulina da lugar a un pensamiento, si no revolucionario, al menos desafiante. El ruego del apóstol sugiere que como cristianos no aceptemos un orden de cosas dado o impuesto, sino que desarrollemos una postura crítica e innovadora frente a la realidad que nos circunda. Si bien esta posición debería ser general entre todos los seguidores de Cristo, debe ser una marca distintiva entre los educadores cristianos, ya que nos toca ser portaestandartes de esta idea, en razón de que nuestra vocación nos lleva a enfrentar actividades de alcance eterno.

¿Existe una contracultura cristiana?

De algún modo, este pasaje bíblico sería una de las bases que podríamos utilizar para hablar de una **contracultura cristiana**, que se diferencie de la cultura oficial e impuesta por el punto de vista del individuo, por sus valores, por el estilo de vida propuesto, por lo que siente como necesidad de realización. Aunque San Pablo no tiene en mente este concepto específico (**contracultura**) al escribirle a los romanos, si analizamos el pasaje, encontraremos un germen tan revolucionario en su esfera, como lo

fue el movimiento hippie —por quien se acuñó el término— en la suya. En el campo educativo, esta contracultura se tendría que manifestar en una postura libre, objetiva, sinceramente personal y fecunda de cada uno de los que forman parte del proceso de enseñanza-aprendizaje.

Examinemos con cierto detenimiento la postura que sostiene el apóstol. Si entendemos el verbo conformar como “acomodar”, “concordar”, “ajustar una cosa con otra”, la negación con la que San Pablo inicia la frase aleja nuestra actitud de lo que es regla para “este siglo”. Al mismo tiempo, y siguiendo con su línea de pensamiento, nos aconseja una transformación, un cambio esencial, una metamorfosis.

Esta mudanza sustancial se puede realizar únicamente “por medio de la renovación de vuestro entendimiento”. No es una variación externa y superficial, sino que se espera que el alejamiento de las pautas marcadas por “este siglo” sea íntimo; no un cambio de ropaje, sino del sentido de nuestra forma de pensar, de nuestra razón, de nuestra vida en todos sus aspectos. Metafóricamente diríamos que nos corresponde dejar de ser gusanos para vivir como mariposas.

La mejor aliada de la cultura es la educación, no como una suma de datos —muchas veces inútiles— sino como factor desencadenante de capacidades propias de los alumnos. Una educación repetitiva, estática, establecida, pétreo, que no duda ni tiene interrogantes, es síndica de una cultura esclavizante. Nuestra contracultura debe apoyar una educación diferente que se oponga a todo aquello que, sutil o burdamente, atente contra la calidad de los valores que pretendemos defender y realzar.

En esta tarea, que si la abordamos con decisión y responsabilidad nos ocupa la vida entera, saturándola de experiencias enriquecedoras, tenemos, como mayor lauro por conquistar, la restauración de la imagen de Dios en las mentes de nuestros educandos. Esta imagen en “este siglo” se ha desdibujado, deteriorado y caído, y necesita de nuestro mejor esfuerzo para crecer, robustecerse y fortalecerse en la mente de nuestros alumnos y de la sociedad en general.

La idea que ha primado es aquella que entiende la cultura como la totalidad de un resultado. Por eso se infiere que es un efecto, un producto de algo que se ha venido desarrollando, que se ha procesado, que se cultiva en el hombre. “Cultivar”, etimológicamente, es preparar con cuidado algo

que se desea hacer producir perfectiblemente en un campo apropiado; entonces se busca, por medio de la cultura, que el hombre adquiera un determinado estado de perfección que lo humanice.

Al mismo tiempo, este proceso de transformación es modificado por el hombre. Éste recibe, produce y transmite cultura, por eso la puede transformar. Esta posibilidad es la que nos ayuda a desarrollar nuestra contracultura, que sería lo mismo que llevar adelante una revolución cultural.

Los grupos de poder han difundido la noción de que el hecho cultural es la adquisición de los conocimientos sobre la vida espiritual de los pueblos. Así, cuanto más aprendizaje tenga un individuo sobre el producido por las civilizaciones o de su historia, y más los difunda, más culto es. De esta manera, la cultura se reduce a un registro de resultados y a un conocimiento sobre sí mismo, y se le quita gran parte de su vitalidad.

Cuando la cultura impuesta no cumple con sus cometidos, o lo hace exclusivamente para un grupo, se hace necesario el surgimiento de la contracultura, que no es negación (a-cultura) ni enfrentamiento (anti-cultura), sino modificación y superación, re-elaboración de las pautas culturales. Debe ser un nuevo trazado y un nuevo ordenamiento, sin diferencias ni exclusiones.

Creemos que la cuestión se resume de un modo muy sencillo. Si nosotros, los docentes cristianos, no tomamos sobre nuestros hombros la responsabilidad de luchar por nuestra contracultura, nadie lo hará por nosotros, nadie ocupará nuestro lugar.

Pilares de una cultura cristiana

Quizás la pregunta que surja en este momento sea cuáles son los elementos que debemos tener en cuenta para marcar las diferencias y lograr nuestros objetivos, o cuáles son los pilares sobre los que deberíamos cimentar nuestra lucha contra la cultura impuesta.

En principio, la respuesta es la misma para ambos interrogantes: muchos. Muchos son los elementos que debemos tener en cuenta, y muchos también son los pilares sobre los que deberíamos cimentar nuestra lucha. Propongo analizar brevemente algunos.

El valor de lo trascendente

Creo que la principal piedra de ángulo para reconstruir un correcto concepto de lo que es educación divinamente inspirada, reflejo de la contracultura cristiana por la que abogamos, debe ser nuestra **lucha contra el ateísmo**.

Es fácil observar cómo se ha perdido, hasta la ausencia casi total, el sentido trascendente en la enseñanza, en la vida, y en la comprensión de los fenómenos históricos y sociales. Para la mente secular todo es obra del devenir del tiempo, cada uno de los cambios operados en la historia de la humanidad no es ni más ni menos que la acción contraria y reflejo de un acto anterior.

Cuando optamos por lo trascendente, además de pensar en los aspectos religiosos de la elección, tenemos en mente las ideas inherentes al significado del vocablo. Lo trascendente es lo que se extiende más allá de los límites primarios, pero también es comprender, entender, penetrar los elementos sustanciales de lo estudiado. Con este marco de significaciones podemos inferir que el verdadero conocimiento es trascendente y que, por lo tanto, aquel que se conforma con menos se queda, en algún aspecto o de algún modo, en la ignorancia.

Según Ortega y Gasset, la cultura es, en última instancia, lo que salva al hombre del hundimiento. Creemos que es cierto, pero no aceptamos que pueda ser la liberación total y esperada, si no compromete los aspectos espirituales del ser humano, aquellos que lo transforman en un ser trascendente, los que en definitiva cumplen la función final de la cultura.

Pero nuestra lucha en favor de lo trascendente se desenvuelve en este mundo moderno, inmediato y ateo, donde se llama "mito" a las creencias, y "tabú" a la prudencia; donde la **cultura del tener** es la que indica el camino de la plena realización humana, y por eso el éxito material es el único modo de acceso al reconocimiento social, y el consumismo es la expresión tangible del *status* alcanzado. Frente a esta realidad, pensamos que el único antídoto válido contra la agresión de esta cultura materialista extrema son los valores, la **cultura del ser** cimentada en Dios.

El hombre de hoy no tiene tiempo para lo trascendente, para la contemplación creativa, para la introspección inteligente, para la meditación. Todo tiene que ser rápido y vertiginoso, fácil y sencillo, terrenal y servible. Lo que no cumple con estos requisitos, sencillamente se abandona.

La sociedad, los medios de comunicación y la mayoría de los educadores no aportan nada en favor de lo trascendente. Por el contrario, muchas veces es tomado sin seriedad por los modelos de “este siglo”, al demostrar con palabras y acciones que mientras para el hombre del siglo XIX, y gran parte del XX, lo más importante era ahorrar, para el de fines del XX, lo más importante es gastar y consumir frenéticamente.

Definidamente, quienes luchamos contra el ateísmo somos minoría. Pero no creo que por esto debamos claudicar; porque si el capitalismo y el socialismo llevaron a la humanidad a un callejón sin salida, nuestra tarea es encontrar el atajo que nos libere.

Así como la vacuna es un poco de la enfermedad que se utiliza para curar la enfermedad, el ateísmo reinante aportó una crítica válida a todas las manifestaciones alienantes y mentirosas de “lo religioso”. Debemos reconocer que a lo largo de la historia, en nombre de la religión y de las ideologías, se cometieron atrocidades innumrables. Pero no debemos quedarnos en una autocrítica teórica y pasiva, sino que, aprovechando ese germen examinador y juzgador colocado en las mentes de nuestro tiempo por el ateísmo, deberíamos bregar por ofrecer una educación crítica e innovadora, que no se amolde a los preceptos de “este siglo”, sino que los sobrepase y supere.

Este fin de siglo llega de la mano del fin de la historia, del fin de la esperanza, signado por la derrota de los más caros sueños. Si no corregimos pronto los errores de nuestra cultura no-trascendente, entraremos en el nuevo milenio como mutilados de guerra.

Tan cierto como lo que acabamos de expresar es el hecho de que para guiar a nuestros alumnos en el conocimiento del camino hacia lo trascendente, es necesario que nosotros, los maestros y mentores, lo conozcamos, lo vivamos y lo “andemos”. Y la mejor forma de demostrar este conocimiento es manifestar un cristianismo que no se reduzca a un formalismo teórico, superficial y descuidado, sino que sea una práctica concreta, cotidiana y activa de amor y solidaridad.

Retorno a las fuentes

El segundo elemento que deseamos comentar es que nuestra contracultura cristiana se debe manifestar en una educación que **avance hacia**

las fuentes primeras. Recordemos que retornar, en un sentido, es redimir; y que éste es nuestro objetivo eterno, hacia el que debemos caminar cada día.

Es importante que nos afirmemos en nuestras diferencias con “este siglo”, no de un modo necio y obstinado, sino conociendo qué es lo mejor. No aceptemos falsificaciones, ni comodidades, ni facilismos, sino disputemos por lo verdadero, aunque sea arduo, penoso y laborioso. Por la vía de la imitación servil, sólo conseguiremos una personalidad superficial y falsa.

Hay momentos cuando hacemos un verdadero balance vital, cuando le tomamos “el pulso” a la vida, cuando sopesamos las grandes cosas que pretenden llenarla y darle solidez; a veces nos parecen huecas, basadas en la nada, como si fueran máscaras de sí mismas. En esos momentos, como Arquímedes, nos contentamos con un solo punto fijo de apoyo; pero no nos resulta fácil encontrarlo en los postulados de la Postmodernidad. Es en estos momentos cuando debemos reconocer, vencidos frente a la evidencia, que nuestra cultura actual es insuficiente.

Usemos el lenguaje del profeta Jeremías: “...paraos en los caminos, y mirad; y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino; y andad por él...” (Jer. 6:16). Si hemos extraviado el rumbo y nos hemos volcado a una deshumanización radical, es hora de retornar a los antiguos caminos. No miremos atrás para adorar el pasado, sino para extraer de él lo mejor de nuestra herencia y mirar de cara al futuro en busca de una cultura liberadora.

No vayamos hacia los extremos, ni al aislamiento cultural, ni hacia un aperturismo indiscriminado. Debemos recrear los valores del hombre desde nuestra propia perspectiva, con nuestras particularidades distintivas. No creemos que esto signifique una autoexclusión del mundo educativo, ni un retroceso, ni siquiera una actitud contraria al cambio y el desarrollo; veámoslo con una postura inteligente y diferenciadora —pero por sobre todo trascendente— frente a todos los fenómenos que relampaguean constantemente en torno de nosotros. El consejo paulino es claro: “escudriñadlo todo, retened lo bueno” (1ª Tes. 5:21); por lo tanto, a la hora de la elección, recordemos la trascendencia que Dios exige de nuestra enseñanza.

La tarea no es optar entre lo propio o lo universal, sino potenciar lo universal que hay en lo propio. Tomar todo lo ajeno es como vestirnos con

un traje prestado que no nos queda, que nos ridiculiza, con el que no podremos ocupar jamás un lugar digno en el concierto mundial. No hay razón, entonces, para que en nuestra educación caigamos en una imitación servil de los modelos ajenos que están de moda, ya que éste no es un patrón válido para nuestro sistema educativo.

La cultura oficial es como el traje común y universal que todas las personas llevan; pero pensemos, además, que es la ropa con la que el capitalismo radical salió “de paseo” por el mundo marchando sobre ideologías, sueños y razones. Nuestra contracultura sería como los trajes típicos de cada pueblo que se usan con orgullo por aquellos que saben las razones de cada adorno que llevan puesto, por más que algunos ignorantes piensen que sólo están disfrazados.

Resumiendo, uno de los elementos que debemos tener en cuenta para marcar la diferencia de nuestra contracultura cristiana es no abandonar lo que nos es propio porque se haya transformado en poco usual o incluso impopular. No debemos sumarnos como un ingrediente más de ese tipo de cultura que se añade como si fuera una salsa, para hacer tolerable una comida rancia y maloliente.

Hay errores que, por repetidos, no se convierten en verdades; como tampoco la Verdad, por olvidada y poco practicada, se vuelve error.

Unidad en la diversidad

Finalmente, el tercer pilar en el que se debería cimentar nuestra lucha en contra de la cultura impuesta es el **universalismo a través de las diferencias**.

Lo peor que podemos optar es por una sub cultura religiosa, pues debemos pelear por nuestra integración —crítica y pensante— a la cultura general. El sectarismo cultural es, con mucha frecuencia, pereza intelectual, pues no se toma el trabajo de superar sus propias ideas.

Para lograr el consenso necesario debemos comprender y respetar, cada día más, las diferencias: culturales, familiares, psicológicas y del tipo que sean, que tenemos con cada uno; no sólo entre los docentes, sino también —y principalmente— con los alumnos. Nuestro objetivo como maestros cristianos no debería ser reproducir nuestras ideas y posturas en las mentes de nuestros alumnos, sino apoyar el uso y desarrollo de su voluntad,

de su individualidad y de su inteligencia. Cada docente, cada colega y cada alumno tiene un potencial en sí mismo que, aunque seguramente sea diferente al mío, es mi deber apuntalar para que crezca.

Nuestro respeto por las diferencias nos tiene que llevar a que le demos a nuestros estudiantes la oportunidad de aprender a discernir, a elegir, a diferir..., incluso con nuestra opinión. Debemos lograr alumnos no conformistas, que se autodirijan, que no sean manipulados por nadie, por más título que se tenga.

El respeto por el otro trae aparejado el respeto por lo suyo, pero no como objeto ajeno a mí, sino como un proyecto de vida válido, respetable y valioso.

Cada ser humano, creado a la imagen de Dios, está dotado de una facultad semejante a la del Creador; la individualidad, la facultad de pensar y hacer. Los hombres en quienes se desarrolla esta facultad son los que llevan responsabilidades, los que dirigen empresas, los que influyen sobre el carácter. La obra de la verdadera educación consiste en desarrollar esta facultad, en educar a los jóvenes para que sean pensadores, y no meros reflectores de los pensamientos de otros hombres.²

A fin de alcanzar la renovación por la que nuestra educación debe esforzarse, necesitamos la inteligencia de mentes diversas. Esta es la base para una educación mejor, más humana, más comprensiva, más cristiana y basada firmemente en el diálogo productivo, donde se tome al otro como un igual. Por eso no puedo creer que detento frente a él ningún tipo de poder o saber único y cerrado. Debemos entender, como dijo Jaime Barylko, que "La belleza de tus ojos consiste en que ven distinto de los míos".³

Educar a la persona humana

Aunque educar para una independencia intelectual y personal suena como si se estuviera hablando de un fin aceptado y generalmente aprobado, en realidad es un programa por demás subversivo; pues nuestra

² Elena G. White, *La educación* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1973), 15.

³ Jaime Barylko, *El aprendizaje de la libertad* (Buenos Aires: EMECÉ, 1987), 75.

cultura dominante promueve la uniformidad bajo la máscara de la autonomía.

La cultura es el contexto del desarrollo humano, pero no puede haber desarrollo cuando todo lo ofrecido es lo mismo, y cuando la uniformidad es apabullante. Debemos darle a nuestros alumnos recursos, habilidad, predisposición a aprender, flexibilidad para estar en la cultura y fuera a la vez, para poner en duda, para ponerse en duda. Nuestra contracultura debe ser una forma de libertad. Tengamos presente que nuestro deber es elevar nuestra obra educativa al más alto nivel posible, recordando, siempre, que si hacemos nuestra parte, Dios no dejará de hacer la suya.

Milton H. Bentancor
Universidad de Caxias do Sul
Dirección: Rua Barao do Santo Angelo 277/3
95052-610 Jardimino Ramos
Caxias do Sul - RS - Brasil
E-mail: mbentanc@ucs.tche.br